

FM/948

COLEGIO MUNICIPAL
DE
SAN ILDEFONSO.

REPARTO DE PREMIOS

verificado el Domingo 23 de Junio de 1895,

BAJO LA PRESIDENCIA DEL ALCALDE PRESIDENTE,

EXCMO. SR. CONDE DE PEÑALVER.

SIENDO REGIDOR PATRONO

DON JOSÉ FRANCO RODRÍGUEZ.



MADRID.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA MUNICIPAL.

1895.

COLEGIO MUNICIPAL
DE
SAN ILDEFONSO.

REPARTO DE PREMIOS

verificado el Domingo 23 de Junio de 1895,

BAJO LA PRESIDENCIA DEL ALCALDE PRESIDENTE,

EXCMO. SR. CONDE DE PEÑALVER.

SIENDO REGIDOR PATRONO

DON JOSÉ FRANCO RODRÍGUEZ.



MADRID.

—
IMPRESA Y LITOGRAFÍA MUNICIPAL.

1895.

EL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO

REGIDOR PATRONO

DON JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

Rector.—D. José Dominguez, Presbítero.

Administrador.—D. Esteban Campos.

Profesores.

De primera enseñanza.—D. Ildefonso Fernández y Sánchez.

Auxiliar é Inspector de estudios.—D. Eugenio Martín.

De taquigrafía.—D. Federico Sobejano.

De dibujo.—D. Marcos Hiraldez de Acosta.

De gimnasia.—D. Anselmo Sánchez.

Médico del establecimiento.—D. Federico Rubio Amoedo.

Personal subalterno.

| | |
|--------------------|------------------------|
| Dos mozos de aseo. | Un vigilante nocturno. |
| Dos celadores. | Un cocinero. |
| Dos ordenanzas. | Un ama de gobierno. |
| | Una ayudante. |

Régimen del Colegio.

Los 80 alumnos de este colegio, son internos y reciben la educación y enseñanza más completas de cuantas pueden facilitarse en instituciones de igual indole. En cuanto al trato reglamentario es el siguiente:

Alimentación.—Desayuno; chocolate con francesilla todos los días, excepto los domingos en los cuales se da un tazón de café con leche. El chocolate se elabora en el establecimiento. Comida, que consiste en sopa de fideos y de arroz, alternando, cocido con carne de vaca sin hueso, tocino, garbanzos y verdura, principio, de ternera, pescado, sesos, hígado, etc., y un postre de queso, fruta ó pastas. Merienda, que consiste en pan y queso ó fruta. Cena, de dos platos, uno de guisado con carne ó arroz con carne y su postre.

Vestuario.—Cada niño tiene un uniforme de gala, dos de media gala y dos trajes, de invierno y de verano, para dentro del establecimiento.

Coste.

Por término medio cada estancia en este establecimiento cuesta al Municipio de Madrid, puesto que las plazas son gratuitas, en lo referente al material una peseta veintisiete céntimos y todo el gasto, incluso el de personal, resulta de una peseta setenta y siete céntimos por cada colegial.

Ingreso de colegiales.

Se efectúa por riguroso turno entre los niños que lo tienen solicitado y en los cuales concurren las circunstancias siguientes:

- 1.^a Haber nacido en Madrid.
- 2.^a Ser hijo de legítimo matrimonio.
- 3.^a Ser huérfano de padre y que su madre continúe en estado de viudez.
- 4.^a Que la madre ó persona autorizadamente encargada, á falta de aquella, sea vecina de Madrid.
- 5.^a Que el niño y la madre carezcan en absoluto de bienes, pensiones, rentas, etc.
- 6.^a Que al ingresar el niño tenga más de siete años y menos de nueve.
- 7.^a Que esté sano y vacunado.
- 8.^a Que esté en posesión normal de sus facultades intelectuales.

Por disposición del Sr. Regidor Patrono, el establecimiento podrá ser visitado sin previo aviso, por las personas que á bien lo tuvieren,

con sólo solicitarlo verbalmente del Sr. Rector ó del Sr. Administrador, antes de hacer la visita deseada.

Los colegiales sólo podrán ser visitados en las horas y en los días marcados en el Reglamento interior de la casa.

El Colegio de San Ildefonso está sostenido con fondos municipales. El Estado entrega además 125 pesetas por cada sorteo de la Lotería Nacional, como gratificación á los niños del Colegio, que son los encargados de la extracción de las bolas. También el Banco de España dedica una gratificación de 250 pesetas al año, en recompensa á los colegiales que verifican el sorteo de las amortizaciones.

Reparto de premios.

El día 23 de Junio de 1895, á las once de la mañana, se celebró el acto de repartir los premios á los colegiales, acto verificado con mayor esplendor de lo ordinario, porque á él acudieron el Excelentísimo Sr. Alcalde Presidente y representaciones oficiales diversas.

Después de distribuidos entre los alumnos los diplomas y libros con que se premió la aplicación de cada uno de los agraciados, se leyeron y pronunciaron los discursos que se insertan á continuación.

DISCURSO

del Sr. Rector D. José Domínguez.



EXCMO. SR.:

Señores: En medio de la corrupción de los tiempos que atravesamos, y cuando la maldad pugna por extender su nefasto y perturbador imperio por todos los ámbitos del mundo; cuando todo parece caer bajo el deplorable dominio del egoísmo, del desenfreno y de la corrupción; cuando sin Dios y sin creencias religiosas la sociedad presente parece deslizarse con vertiginosa carrera á su total ruina y más completo desquiciamiento, vemos surgir triunfantes ante nuestra vista instituciones gigantescas, gérmenes fecundos de inagotable caridad y destellos siempre vivos de la bondad de Dios, que, á manera de deliciosos oasis en medio de estériles y mortíferos desiertos, vienen á dar vida y robustecer á la humanidad en su debilitada y efímera existencia.

Una de esas instituciones, humilde en sus principios, como todas las obras de Dios, siempre marcadas con el sello de la humildad, pero grande en su objeto, como encarnada en la virtud santa é incomparable de la caridad, es el Colegio de San Ildefonso, que bajo la protección y exquisito cuidado del Excmo. Ayuntamiento de Madrid, viene llenando una de las más urgentes necesidades de la sociedad.

Por esta razón, conviene sea de todos conocido tan humanitario y benéfico establecimiento, y ya que, por causas difíciles de averiguar, tengamos que lamentar la falta de datos referentes á la época de su fundación, y el nombre de la persona que con sus bienes le dotara, nos limitaremos exclusivamente, y aprovechando la oportunidad del solemne acto que en estos momentos venimos á celebrar, para hacer

siquiera sea un débil é imperfecto bosquejo de los excelentes resultados que reporta á la sociedad en general, y muy especialmente al pueblo de Madrid.

I.

Es una verdad innegable, y por todos admitida, que la senda comenzada por el hombre en los días de su infancia, esa misma ha de seguir, con muy raras excepciones, en el curso de su vida. De aquí la necesidad de basar la educación de la niñez en los dos sólidos fundamentos de la virtud y de la ciencia, únicas causas poderosas, capaces por sí solas de elevar á los pueblos á su más alto grado de esplendor y poderío. Por el contrario; la instrucción sin religión, la ciencia atea, es un don funesto, un presente pernicioso que se hace á la sociedad; es una luz incompleta, una ciencia falsa que se entrega al hombre sin fe; es un puñal puesto en manos de un furioso. De aquí nada más frecuente que ver en los tiempos que atravesamos, la muerte, el suicidio, el libertinaje, el robo, el arte de engañar y la práctica de los más repugnantes y abominables vicios, caminando en admirable consorcio con el desarrollo de las ciencias, falsamente llamado perfeccionamiento social. Ni ¿qué de extrañar es que los hombres de bien y de recta conciencia se vean constantemente aterrorizados ante tan monstruosos crímenes, cometidos por do quier, no ya por hombres groseros é ignorantes, sino por personas instruidas que frecuentan nuestros Liceos y Academias? Es, porque la ciencia sola no puede auyentar el vicio que la empaña, ni reprimir el robo, ni contener al hombre dentro de prudentes límites; y mientras que la religión no se restablezca en las conciencias, el mundo caminará siempre de caída en caída, de dolor en dolor, hasta que la mano de Dios le hiera vigorosamente. ¡Tal es la deplorable situación en que yacen sumidas las modernas sociedades! Se ha procurado desterrar á Dios del corazón del hombre; se le ha fascinado con sus pretendidos derechos, antes de darle á conocer sus sagrados deberes; se le ha negado, en fin, el alimento de la inteligencia para hacerle dormir el sueño eterno de la ignorancia.

A satisfacer, Excmo. Sr., esta imperiosa necesidad viene el Colegio de San Ildefonso, con su espíritu de caridad en favor de la clase más necesitada del pueblo de Madrid. Teniendo por norte seguro aquélla

sublime verdad «que el temor de Dios es el principio de todo saber humano» los niños acogidos en tan benéfico asilo, empiezan por formar su corazón con la saludable doctrina del catecismo, de ese libro divino que nos dice «amarás á tu prójimo como á tí mismo; honra á tu padre y tu madre si quieres vivir largos años sobre la tierra; lo que no quieras para tí, no lo desees para tu prójimo» lecciones de la más sublime moral y base inquebrantable de la filosofía cristiana. A medida que su cuerpo se vigoriza y robustece con el tiempo, se ensanchan los horizontes de su inteligencia con el estudio de las letras humanas, llegando á adquirir un caudal tan completo de conocimientos, que con esto solo pueden proporcionarse superabundantes recursos para el sustento de la vida. ¡Qué antítesis tan manifiesta resulta al poner en parangón al niño harapiento y desgraciado, que pasa los primeros años de su vida errante y vagabundo por las calles, con el que recibe educación y alimento en el Colegio de San Ildefonso! Ambos tienen el mismo origen, ambos proceden de la desdicha y orfandad, ambos igualmente son desheredados de la fortuna, y sin embargo, una distancia inmensa los separa. Mirad al primero cubierto de harapos con el rostro y las manos sucias y su cabello enmarañado, porque por un error funesto, se cree que la curiosidad esta reñida con la pobreza, cuando precisamente debieran ser inseparables compañeras: su cabeza inclinada hácia el suelo, su mirada vaga é incierta, sus modales groseros y sus palabras soeces y repugnantes. Es que el aspecto de su cuerpo revela bien claramente la deporable situación de su alma: le falta el pan de la inteligencia que es la instrucción; su corazón está seco por carecer del riego fecundo de la religión, y con vacilante paso camina directamente á su eterna ruina. Este niño llega á ser hombre, y ofuscada su inteligencia por el mal y hecho el juguete de las pasiones más vergonzosas, se lanza en medio de los mayores extravíos, sirviendo de eterno oprobio á la sociedad en que vive. ¿Qué de extrañar son, en vista de esto, las terribles conmociones que agitan á los pueblos y el pavoroso porvenir de la sociedad en que vivimos? ¿Por qué se blasfema de Dios, se ataca á la propiedad y el puñal del asesino amenaza de continuo nuestra existencia, menospreciando los derechos divino y humano, sino es por el punible abandono en que yace sumida la clase proletaria? ¡Cuán diversos son los frutos de una buena dirección en los primeros años de la infancia! Por eso el niño que recibe su educación en el Colegio de San Ildefonso, empieza por aprender sus deberes y su destino; nada hay en él que le degrade ni

embrutezca; su mirada viva y penetrante, su cabeza erguida, siempre elevada al cielo, único objeto de los deseos del cristiano; su aspecto risueño, sus modales finos y delicados y hasta el aseo y limpieza de su persona, cualidades son que le hacen acreedor al cariño y estimación de cuantos le rodean. Así le vemos más tarde, á su salida del Colegio, ser modelo de laboriosidad é inteligencia en el taller del artesano, en la oficina pública ó privada, en la labor constante del comercio y aún hasta en el mundo de las ciencias y las letras. En todas partes es querido de sus superiores, respetado por sus compañeros, bendecido y admirado de todos.

De semejantes principios fácil es deducir los benéficos resultados que pueden obtenerse y que directamente afectan al bienestar de la familia. Solo así y con individuos de esta naturaleza, es como pueden formarse familias virtuosas, regidas por padres honrados y laboriosos, pueblos modelos y naciones poderosas, porque solo el saber y la virtud, unidos en estrecho lazo, pueden colocar á las naciones sobre el magnífico pedestal del poder y de la gloria.

II.

Más no basta esto, Excmo. Sr., no basta inocular en el niño esa sávia vivificante de la educación moral y científica, como no es suficiente al labrador depositar cuidadosamente la semilla en la tierra por él preparada; toda esta labor sería inútil, todos esos afanes y desvelos sufrirían la más triste decepción y el más amargo desconsuelo se apoderaría de él, si los agentes atmosféricos no se encargaran de completar la obra iniciada por el hombre. Cumple, pues, como deber sagrado é ineludible á las madres, completar tan árdua y santísima misión; deber del que no pueden prescindir sin incurrir en gravísimas responsabilidades. Por eso me dirijo á vosotras en estos solemnes momentos, para hablaros más que con la lengua, con toda la ternura y afecto de mi corazón; y puesto que aquí os halláis todas reunidas, permitidme que os encarezca una vez más, la necesidad que tenéis de secundar por cuantos medios estén á vuestro alcance, de coadyuvar con todas vuestras fuerzas á la sublime obra de la educación de vuestros hijos.

Se cree, y es un error harto funesto, que el amor al niño debe estribar en concederle cuanto desea, satisfaciendo los antojos y capri-

chos sugeridos por su tierna edad, evitándole todo género de molestias para proporcionarle la mayor suma de goces y satisfacciones. No, y cien veces, no; semejante conducta, lejos de contribuir al bien de los niños tiende á labrar su eterna perdición, fomentando, siquiera sea de una manera indirecta, el desarrollo de mayores y más perversas inclinaciones. Esta es la razón porque no cesaré jamás de encareceros la necesidad que tenéis de unir vuestros esfuerzos á los nuestros, á fin de conseguir la resolución de tan importante problema, y de cuyo éxito depende la felicidad vuestra y de vuestros hijos.

He trazado, Excmo. Sr., con toscos é imperfectos rasgos las ventajas que á la sociedad reporta la educación que reciben los niños acogidos en este benéfico Establecimiento, bajo la solícita tutela del Ayuntamiento de Madrid; réstame ahora, para dar por terminada mi tarea, manifestar á V. E. el testimonio de mi más profundo agradecimiento, como asimismo á toda la Excmo. Corporación municipal, por el tierno cariño, la incansable solicitud y extraordinario celo que viene desplegando en favor de estos pobres huérfanos del pueblo de Madrid.

También debo consignar con el más vivo entusiasmo el interés inmenso, la paternal solicitud de nuestro dignísimo Sr. Regidor Patrono en el desempeño de su difícil misión, desde el momento mismo en que se hizo cargo de la dirección del Colegio. Séame permitido, aunque con esto mortifique su modestia, manifestar públicamente la simpatía, el cariño y veneración que ha sabido conquistarse en el corto tiempo que lleva entre nosotros, esperando confiadamente que con su esclarecido talento y recta intención, logrará elevar este Colegio á su mayor grado de esplendor, siendo digno émulo de cuantos en tan importante cargo le precedieron.

Respecto á los Profesores y funcionarios del Colegio debe enmudecer mi lengua ante la elocuencia de los hechos, toda vez que de una manera bien clara lo han demostrado en los exámenes verificados en los días precedentes: con razón ha sido siempre este Colegio admirado por cuantas notabilidades nacionales y extranjeras han tenido á bien inspeccionar sus servicios, haciendo calurosos elogios de su incomparable régimen docente y administrativo. Animo, pues, y no desmayar, mis queridos compañeros. Ardua y penosa es la empresa que acometemos; erizado de escollos y dificultades el camino que atravesamos, pero gloriosa la recompensa que nos está reservada. Que no apaguen vuestro entusiasmo los desengaños con que á veces

tropezamos en el curso de la vida, toda vez que solo debemos tener por norte fijo é invariable la tranquilidad de nuestra conciencia ante el cumplimiento del deber.

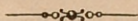
Y vosotros, queridos niños, que en estos momentos váis á recibir la recompensa de vuestra aplicación; sirvaos de poderoso estímulo esos premios que se os otorgan para satisfacción vuestra y de vuestras familias, procurando por cuantos medios estén de vuestra parte no esterilizar las saludables enseñanzas que aquí recibís, á fin de dilatar más y más los horizontes del humano saber, sin olvidar, empero, el sagrado deber que sobre vosotros pesa, de amar, respetar y obedecer á vuestras madres á vuestros maestros y á vuestros superiores, bases firmísimas del bienestar y prosperidad de las naciones.—He dicho.

Madrid 23 de Junio de 1895.

José Domínguez.

DISCURSO

del profesor D. Ildefonso Fernández y Sánchez.



EXCMO. SR.:

Santas y admirables todas las obras de misericordia, como virtudes derivadas de la caridad, la hija primogénita del Evangelio, ninguna reviste tanta importancia particular ni general, como las que aconsejan, y en algunos casos imponen, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo y enseñar al que no sabe.

Porque en la satisfacción de estas esenciales necesidades de la vida, van envueltos y resueltos los problemas más difíciles y complejos, planteados por los sociólogos de todos los tiempos, ya con profundo espíritu religioso, ya con amplio sentido puramente humano.

El cuerpo y el alma, lo material y lo eterno, lo perecedero y lo inmortal, tienen, por eso, en este Colegio de San Ildefonso, Excelentísimo Sr., el desarrollo y complemento de una educación integral, que no desatiende ninguno de los dos indispensables factores de su labor y de su tejido primorosísimos.

De origen tan desconocido como remotísimo, esta Institución, creada y moldeada según los criterios de los tiempos medievales, ha sabido progresar y adaptarse en armonía y con arreglo á las necesidades modernas, y de común acuerdo con los adelantos educativos del siglo en que vivimos.

Sin lujos impropios de su modestísima condición, atiende con la debida preferencia, pero sin exclusivismos de ninguna clase, á las exigencias de una educación tan eminentemente católica como discretamente científica, preparación adecuada para entrar, con los menores peligros posibles, en los difíciles caminos del mundo.

Que este suele ser el escollo más peligroso en la educación de los internados, como se llaman en Francia. Tienen algo de la vida íntima del convento, que precave las caídas presentes, pero que no se acomoda á las necesidades de la vida pública, en lo social, en lo político, en el arte, en la industria, en el comercio, en la agricultura, en todas y en cada una de las manifestaciones de nuestra manera de ser.

Salvar estas profundas diferencias, armonizar todas estas aspiraciones, suavizar las asperezas entre dos ideales que al cabo tienen una finalidad común, es la obra del Colegio de San Ildefonso, que ni renuncia á su historia tradicional, ni desiste de vivir en legítimo consorcio con las ideas de reforma y de progreso.

Yo no tengo por qué ocultarlo, ni quiero hacerlo; estoy verdaderamente enamorado de lo antiguo, en cuanto tiene de fundamental para los principios educativos y para la vida, marcha y desarrollo de los pueblos; estas instituciones de enseñanza que nacieron al calor paternal de la Iglesia, merecen elogios y alabanzas más elocuentes que los que pueden brotar de mi pobre lengua; porque se parecen, en lo admirables, á las ruinas de Itálica y á los monumentos, no siempre fielmente copiados, de los templos del arte bizantino.

Algo de esto, Excmo. Sr., acontece con el Colegio Municipal de San Ildefonso, más antiguo que los Borbones de España, más antiguo que la dinastía de los Austrias, más antiguo que los Reyes Católicos, más antiguo que la toma de Granada con su famosa torre de la Vela, más antiguo que la conquista de Madrid por Alfonso VI, en 1083, que dió sér al primer Ayuntamiento en el vestíbulo de la parroquia de San Salvador; quizá tan antiguo como el divino San Ildefonso, el cantor y defensor sublime de la pureza de María.

Este ligerísimo bosquejo histórico, me lleva como de la mano, á citar el nombre de un monarca, Felipe II, tan injustamente maltratado como acreedor á la gratitud de los niños del Colegio de San Ildefonso, á quienes regaló, según documentos, el edificio en que habitaron y hemos habitado hasta hace pocos años en la carrera de San Francisco.

Y otro recuerdo tradicional, aunque no comprobado históricamente, es el de que en este edificio en que nos hallamos, estuvo el palacio de D. Beltrán de la Cueva, el famoso favorito de los *amores reales*, en tiempos de Enrique IV, los tiempos de Paca la *Redondilla*, que dió nombre á la calle inmediata, y á una forma poética de cuatro versos, que es la más popular de todas ellas.

Y no quiero hablar, por no molestaros, Excmo. Sr., de las proce-

siones del Corpus, á que asistían los niños de la Doctrina; ni de los autos de fe, acompañamiento obligado entonces de estos mismos niños, ni de los préstamos del Colegio á Felipe V para los gastos de su segundo matrimonio, ni de las corridas de toros costeadas por Fernando VII, ni de la doble visita del malogrado Alfonso XII y de su regia consorte la ilustre viuda doña María Cristina, Regente virtuosísima de esta antigua monarquía.

El Colegio de San Ildefonso ha menester un libro para ser historiado acaso como una de las instituciones de enseñanza más antiguas de España, y desde luego la más antigua de Madrid; pero ya que esto no sea posible en el momento, concretémonos á bendecir la ignorada memoria de su fundador ó de sus fundadores, que tantos y tan grandes beneficios han proporcionado, á través de los siglos, á los hijos del pueblo de Madrid; á reconocer y agradecer la noble y exquisita solicitud con que la Excm^a. Corporación Municipal atiende siempre al cuidado de estos pobres huérfanos, inspirándose, indudablemente, en las palabras de Jesús: *Dejad que los niños se acerquen á mí.*—He dicho.

DISCURSO

del Sr. Cura Párroco de San Andrés.



SEÑORES:

Por el Excmo. Sr. Alcalde Presidente y dignísimos señores que le acompañan en este lugar de preferencia, acabo de ser invitado á hablar en este solemne acto.

Tal es la única preparación que tengo para dirigiros la palabra.

¿Qué resultará después de haber hecho uso de ella? Lo ignoro; pero sí hé formado el ánimo de concretarme á hablaros lo poco que me ocurra sobre la educación.

Empezaré recordando un episodio ocurrido entre el Excmo. Señor Conde de Tendilla y un V. Padre Maestro de una no menos venerable y esclarecida orden religiosa.—Se quejaba el Conde de la relajación de costumbres, de la falta de fé y del exceso de incredulidad que, á su juicio, constituía la nota saliente de lo que él llamaba sus *aciagos tiempos*. Y el P. Maestro, después de escuchar con atención y calma las lamentaciones del Conde, se atrevió á decirle: ¿Sabe, Sr. Conde, que me ocurre una idea?—¿Cuál? repuso el Conde al momento.—Pues que si tanta depravación como decís hay en todo el mundo, si tan olvidados se encuentran los fundamentales principios de moralidad, de respeto á los deberes de cada cual y de Religión, lo mejor sería que V. E. y yo nos decidiésemos á ser buenos.—Pero ¡hombre de Dios! exclamó de seguida el Conde ¿y qué habríamos de conseguir con eso?—Pues que habria, por lo menos, dos individuos en el mundo, dijo el P. Maestro, que no serían malos ó depravados, como lo son todos los demás, según calculáis quejumbroso y dolorido de la relajación actual; y estos dos, que seríamos nosotros, podrían influir en

la moralización de muchos, estos muchos podrían á su vez moralizar á otros, y así progresivamente triunfaría la fé contra la incredulidad y la virtud contra el vicio.

Antepongo, señores, este preliminar para decir que no soy partidario de la triste ó pesimista idea sustentada por muchos de los escritores y oradores de nuestros días, quienes no sé si por artificio retórico ó por llevar de ventaja la impresionabilidad de sus lectores ó de sus oyentes, dan por supuesto y por admisible que nuestro siglo XIX es el más relajado y vicioso de cuantos siglos le han precedido; lo cual, señores, no está muy en armonía que digamos con la Historia. Porque el diluvio, las expiaciones de Sodoma y de Gomorra, las cloacas Asiáticas, los templos y cultos de Venus en Grecia, las bacanales y saturnales en Roma, el repugnante libertinaje en que vivieron, por los siglos X y XI, encenagadas todas las clases sociales de París, y los muchos enemigos internos y externos del Catolicismo, que en siglos anteriores al nuestro han tratado de borrar toda noción de sana conciencia y de verdadera Iglesia, son datos más que suficientes para conocer y admitir que siempre los vicios y los pecados de toda especie han estado repartidos entre la humanidad, siquiera hayan variado de calificativo ó de nombre. Pero que en esto del calificativo distinto, ¿á qué pararnos temiendo se debilite el argumento?

Ha sucedido con las enfermedades del orden moral lo mismo que con las del orden físico: hoy en Medicina llamamos v. g., *cólera* á lo que antes se clasificaba con el nombre genérico de *peste*; *grippe* ó *influenza* á lo que antes se denominaba *catarro pulmonal*; é *insuficiencia de la válvula mitral* á lo que nunca debió englobarse ni confundirse entre las enfermedades generales del corazón; pero esto no quiere decir que todas las enfermedades de hoy en día no las hubiere ya antes, aunque con diferentes calificativos ó denominaciones. Por lo cual, si he de ser franco, yo no estoy pesaroso de haber nacido en el siglo XIX, ni me acongojo respirando el sano ambiente de mi siglo. Lo que pasa es que cada uno se queja de su mal, y esto es muy lógico y muy justo. Por manera que si hoy nos quejamos de que adquiere proporciones alarmantes la *indiferencia religiosa*, secuela del excepticismo antiguo, nuestras quejas, ayes y lamentos no puede negarse que tienen su razón de ser; pero así como la Medicina ha progresado en provecho notorio de la Higiene, progresa la Educación en provecho de la Moral. Y aquí me permitiréis, señores, intercalar una digresión científica para conjurar una calumnia y para desvanecer el desatina-

do criterio y equivocado juicio de muchos que sostienen tan porfiada como injustamente qué la Cirujía ha hecho progresos admirables, mientras la Medicina permanece estacionaria. No hay tal cosa: la Cirujía ha adelantado, es cierto, pero todos sus adelantos y asombrosas maravillas los debe á la Medicina, puesto que la Cirujía no es ni más ni menos que una parte de la Medicina práctica ó sea la Medicina operatoria.—Pues bien: progresando, repito, la buena Educación, progresará la sana Moral.

Y en fuerza de este razonamiento irrefutable, tengan entendido los padres de familia que si á sus hijos les proporcionan todo cuanto sea conducente á la salud y desarrollo del cuerpo, harán en favor de ellos lo que deben, pero no lo bastante mientras no les proporcionen á la vez, y con preferencia, lo que necesitan para la ilustración y salvación de su alma. Así que uno de sus primeros cuidados al educarlos debe ser instruirlos en la lectura y escritura del idioma patrio, pero sin dilaciones antojadizas ni supersticiones caprichosas. No habrían los niños de aprender más, demos por caso, que á leer y á escribir, y esto solo les proporcionaría el medio de conocer el mundo, con el auxilio de la geografía; de enterarse de los principales acontecimientos de la humanidad, con el auxilio de la historia, y de aventajar en las artes con el auxilio de las instrucciones que nos han legado los artistas más eminentes de todos los países y de todos los siglos; mientras que si no aprenden siquiera ni á leer ni á escribir, se diferenciarán muy poco (y me váis á dispensar lo vulgar de la frase), se diferenciarán muy poco de los *animales de cuatro patas*. Ya véis si el procurar á los hijos tan importantes ventajas, en preservarlos de tan degradante estupidez, enseñándoles, por lo menos, á leer y escribir, puede justificar jamás dilaciones antojadizas. Pero es que ni tampoco supersticiones caprichosas, como las que había, y no ha mucho, entre personas aún de posición distinguida, que se mostraban refractarias á que especialmente sus hijas aprendiesen á leer y á escribir, por temor, alegaban, de que se entretuviesen y disipasen con *cartas amorosas*: como si la civilización fuese enemiga de la virtud ó como si los siniestros de mar y tierra, v. g., fuesen motivo suficiente para prescindir de las ventajas que nos ofrecen esos mundos de transporte conocidos con los nombres de buques ó trenes. Semejante manera de discurrir sería no tan solo de imaginaciones asustadizas, sino de espíritus egoístas y, en resumen, de necios.

De todo lo dicho, me permitiréis deducir, vosotras, humildes viu-

das, madres de estos huérfanos, educados en el Colegio municipal de San Ildefonso de esta Corte, que si vuestros hijos quedaron sin su padre querido al quedar vosotras sin vuestro esposo amado, para todos hace de tutelar providencia el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, acudiendo con toda solicitud y esmero á la educación de estos jóvenes, que hoy son niños, pero que en ellos debemos ver parte muy distinguida de la sociedad de mañana. Porque dadme por base la educación en el individuo, y, cualquiera que sea el destino que deba desempeñar luego que llegue á hombre, aparecerá con las garantías de probidad y de religión, salvaguardia leal y segura de sus deberes con Dios, consigo mismo y con sus semejantes. Podrá suceder que en política lleguen estos niños á engrosar las filas de los partidos más avanzados, pero sabido y repetido se halla hoy hasta la saciedad, que las formas de Gobierno, siendo bueno, en nada afectan ó perjudican á la integridad del dogma católico ni á la esencia de la sana moral; y, por lo mismo, de niños como los que aquí se educan, nada malo ha de temer, sino mucho próspero, aguardar la religión y la sociedad, sea cualquiera el partido político en que tales niños lleguen á empadronarse. Podrá suceder también que estos niños lleguen á formar parte de una Asamblea, de una Corporación ó de una Asociación determinada, y que las exigencias ó compromisos sociales los pongan en contacto con granos carbonizados ó compañeros distraídos que los contaminen y aún los manchen; pero nunca dejarán de tener, al menos en algún aposento de su vivienda, un Crucifijo, siquiera para implorar y acudir con frecuencia al Dios de las Misericordias, y aún los mismos compañeros, descuidados ó descreídos, que esto observen, se sentirán entonces emocionados y hasta inducidos á levantar en su corazón un trono ó un altar al Dios tres veces Santo. Y si me apuráis un poco, me atreveré á deciros que las saludables huellas trazadas por la buena educación en la juventud, imprimen carácter tal, que no se borra ni aún después de cometer los más espantosos crímenes.

Ya véis: todavía no ha podido dejar el lecho del dolor el pundonoroso y bizarro Capitán general de Madrid, que, pocos días hace, fué gravísimamente herido por las balas que le disparó una mano criminal. Momentos de aturdimiento y conatos de rápida vindicación asomaron al punto ante el espectáculo horrible de un crimen para todos altamente deplorable. Pero la opinión discurre, el ofendido y el ofensor se calman atemperándose al principio de educación cristiana que

manda aborrecer el crimen y amar al criminal: y mientras el ilustre enfermo por sí y por medio de sus cristianas hijas, que se disponían ya á postrarse á los pies de nuestra bondadosa Reina Regente, solicita la regia prerrogativa del perdón para el reo. éste, á impulsos de los bellísimos sentimientos impresos en su alma por la educación que recibiera de niño, pregunta sin cesar, y con verdadero interés, por el restablecimiento del herido, consigue hacerse hasta simpático á la opinión ofendida, y muere, sí, expiando su delito, pero dejándonos á todos altamente edificados con sus palabras y sus obras mientras estuvo en capilla y duró la ejecución, y oprimiendo contra su pecho y besando constantemente el Crucifijo, insignia Santa de la educación preciosa que recibió desde su cuna y de sus arraigadas convicciones de catolicismo hasta el sepulcro.

Y aquí deberé ya terminar mi deshilvanado discurso, porque urge condescender á la prisa del Excmo. Sr. Alcalde, que nos ha dicho, al principio de este solemne acto, le llaman á otro punto diversas obligaciones.

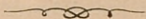
Pero, con su permiso, he de concluir diciendo que felicito al Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, por la prodigalidad y paternales cuidados con que atiende á este dichoso plantel de jóvenes educandos, proveyéndoles no solo de lo necesario y de lo útil sino también de lo conveniente á su comodidad y bienestar en este Colegio, tan justamente acreditado. Felicito además á los dignísimos Superiores y Profesores de este Establecimiento, por el celo plausible y trabajo asiduo y proverbial que vienen desplegando para la educación cristiana é ilustración cumplida de estos afortunados niños. Felicito también á las madres de estos dignos y aventajados colegiales, por la tranquilidad y otros muchos extraordinarios beneficios que les reporta el tener acogidos, con el honroso carácter de alumnos internos, á sus hijos, en este Establecimiento de enseñanza elemental y superior completa y notoriamente saludable. Me felicito yo mismo de tener en mi parroquia un Colegio tan bien montado como éste, que constituye por sí solo una honra muy señalada de esta Feligresía. Y os felicito, en fin, á vosotros, queridos niños, porque si bien habéis tenido la desgracia de quedaros sin padre, os ha tocado la suerte de ser la porción escogida y apadrinada en esta Casa por el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, al que, por tanto, debéis guardar siempre toda clase de respetos prácticos ó exteriorizados en el estudio, el amor y la *gratitud*; pues cuando lleguéis á la edad reglamentaria y quedéis emancipados de tan pro-

videncial como salvadora tutela, de seguro no habréis de pensar siquiera en el ajuste de cuentas, lo uno porque se os alimenta, se os educa de gracia, y lo otro porque tan grandes beneficios no tienen precio adecuado en la retribución mezquina del dinero. Gracitud, gratitud, é insisto en esta recomendación y repito esta palabra, porque ni sé si por suerte ó por desgracia he sido nueve años Profesor ó Catedrático y no he visto nada peor agradecido que la enseñanza. No espero de vosotros, amados niños, paguéis nunca estos favores con ingratitudes ó malas correspondencias; pero quiero daros este consejo como Párroco, mientras confío en que á fuer de agradecidos á todos vuestros bienhechores en la tierra, esta misma gratitud será para vosotros una prenda segura de eterna recompensa en el cielo.

He dicho.

DISCURSO

del Sr. Regidor Patrono D. José Francos Rodríguez.



Tengo que cumplir un deber ineludible y para eso hablo, aunque con el propósito de ahorrar las palabras, porque la excesiva concurrencia ha recargado la atmósfera de esta sala, el calor ahoga, el tiempo apremia y además, aunque todas estas razones físicas no la aconsejaran, una razón moral nos impondría la brevedad. Allá en el fondo del salón se agrupan las madres de los colegiales; la etiqueta del acto, el respeto á las Autoridades, la gratitud, las retiene lejos de sus hijos, pero el más lerdo puede leer en sus ojos que el afán de abrazar á sus pequeñuelos les hace desear ansiosamente el fin de la solemnidad, y sería cruelísimo invertir el tiempo en alardes retóricos, cuando hay seres anhelosos de estrecharse con toda la efusión del cariño que solo puede existir entre madres é hijos.

Tengo, repito, que cumplir un deber en nombre del Municipio, cuya representación llevo dentro de esta casa. Saludar al digno Alcalde Presidente Sr. Conde de Peñalver, que nos honra con su presencia, y además congratularme públicamente de la conducta de las personas encargadas de prestar á los niños las luces necesarias para iluminar sus almas, entenebrecidas en los albores de sus vidas por la cruel desgracia que robóles los padres, los sostenes de sus hogares, harto abatidos por las pesadumbres de la pobreza.

Noble empeño el de la Corporación Municipal al sostener con plausible constancia este Instituto honroso, albergue de infelices criaturas, á las cuales socorre la Villa con pan del cuerpo y con pan del alma. Pocos empleos habrá mejores que este para el dinero recaudado entre los vecinos de la Corte, y á la verdad puede decirse, sin miedo á una negativa, que si de nuestros acuerdos como Concejales es posible dis-

cutir mucho, como realmente se discute, nadie escatima al Municipio aplausos entusiastas cuando le vé atendiendo con cariñosa solicitud á este Colegio, cuya historia antigua apenas se conoce, porque afortunadamente para los hombres, hay muchas cosas buenas que son viejas, pero cuya historia moderna ha sido siempre brillante, tan brillante que la crónica registra siempre al contar la vida de esta fundación, hechos nobles, prácticas bonisimas, resultados excelentes y ni una sola excepción que por lo bochornosa pudiera empañar el limpio blasón de esta casa, gala y honor de las dependencias Municipales.

Quedáronse sin padre esos ochenta niños que nos escuchan, y el Ayuntamiento recabó para sí los deberes santos y las grandes responsabilidades de la paternidad de los huérfanos. ¡Qué amargura la de la Corporación si su voluntad quedase incumplida, y qué tremendos cargos contra ella si en vez de cuidados é instrucción, sólo proporcionase á los acogidos miserias para los cuerpos y miserias para las almas! Pero con orgullo puede declarar ante la opinión el Ayuntamiento, que en el Colegio de San Ildefonso quedan sus afanes y obligaciones cumplidos con toda la debida generosidad. Hallan los niños aquí virtudes que vigorizan los espíritus, instrucción que los esclarece, régimen que les marca para lo porvenir cuál es el mejor medio que los hombres pueden emplear, con el fin de salir victoriosos en la tremenda lucha de la vida.

Las virtudes se las inculca persona tan respetable como D. José Domínguez, digno sacerdote, Rector del Colegio, que predica con el ejemplo, el bien. El esclarecimiento de sus espíritus, corre á cargo de personas tan dignas de loa, como el notable profesor Sr. Fernández y Sánchez, que tiene sobradamente acreditado su valer en la pedagogía española; su auxiliar, el infatigable Sr. Martín, esclavo de su deber, y maestro instruido á la moderna; el profesor de Taquigrafía, D. Federico Sobejano, nombre que suena siempre unido á merecidísimos aplausos dentro del Municipio, donde figura como uno de los mejores funcionarios; el de Dibujo, Sr. Hiráldez Acosta, artista distinguido y laureado, y el de Gimnasia, D. Anselmo Sánchez, justamente reputado como uno de los que mejor practican las sabias ordenanzas de la educación física. En cuanto al régimen, pueden los colegiales aprender mucho con solo observar á diario la conducta de D. Esteban Campos, el Administrador de este establecimiento, al cual ha dado en muchos años de leales, inteligentes y activos servicios, grandísima parte del crédito envidiable de que hoy goza.

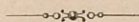
Ya ve, pues, V. E. Sr. Alcalde, ya ve el distinguido público que nos ha honrado acudiendo á nuestro llamamiento, cómo los deseos del Concejo se cumplen á maravilla y cómo esos infortunados seres puestos bajo el amparo de la caridad del noble pueblo madrileño, pueden recoger aquí toda la energía, toda la fortaleza necesaria para poder después navegar en el mundo, tan frecuentemente combatido por borrascas, en las cuales siempre los débiles perecen.

Hace unos días circuló un rumor infundado; se dijo que en este Colegio no se cumplían todos los deberes que la caridad impone. Para desvanecer la absurda suposición, después de conocido detalladamente el Instituto benéfico que el Ayuntamiento ponía bajo mi guarda, adopté una sola medida. Mandar que las puertas del Colegio quedasen siempre abiertas á la noble fiscalización del vecindario, para que sinceramente se pudiese reconocer que aquí dentro la caridad inspira á todos, y el amor á la instrucción y al progreso en todos se manifiesta.

Réstame para terminar, á la vez que repito las muestras de gratitud hacia el Sr. Alcalde, que siempre probó su amor á las obras buenas, hacerlas extensivas á los Sres. Concejales, Asociados y demás distinguidas personas que asisten á este acto..... y ceso de hablar porque como al principio, al concluir, mis ojos se fijan en las madres que desde el fondo de la sala dicen con la elocuencia irrefutable de las miradas, que lo que con mayor ansia esperan en esta solemnidad es que llegue el momento de estampar en las frentes de sus hijos millares de besos, de esos besos que resuenan siempre en todas las almas, hasta en aquellas empedernidas por el vicio ó por el pecado.

DISCURSO

del Excmo. Sr. Conde de Peñalver, Alcalde Presidente.



Señores: Verdaderamente satisfecho me levanto á felicitar á los organizadores de fiesta tan solemne y á congratularme del estado próspero de esta dependencia municipal, por cuya buena dirección y excelente régimen envió mis plácemes más sinceros, tanto al Regidor Patrono, mi querido amigo Sr. Francos Rodríguez, cuanto á los demás señores que, ora con sus sábios consejos, ora con sus provechosas enseñanzas, procuran inculcar á los niños las máximas del bien y las nociones de la instrucción.

Guiar á los jóvenes por la senda de la virtud que solo la religión ilumina, es labor meritoria no solo á los ojos de los hombres sino á los de Dios, que nos impone como obligación suprema, la de no apartarnos nunca del único camino que conduce á la verdadera felicidad. Inculcar en las juveniles inteligencias las ideas fundamentales, para recibir después más ampliados estudios, ó para llenar las necesidades de la vida, es grato deber cuyo cumplimiento merece incondicional aplauso. Yo se lo envío y muy fervoroso á los que con tales propósitos trabajan dentro de esta casa, y no he de escatimar mi aprobación, porque cuanto más delicadas sean las funciones ejercidas mayor debe ser el asentimiento otorgado á los que las realizan.

He visto con mucho gusto cuanto aquí se ha expuesto; con verdadero placer he asistido al desfile de los alumnos que han recogido el premio á sus provechosos afanes de un año entero; tengo también impaciencia porque las madres que aguardan el fin de la solemnidad abracen á sus hijos. Por este último motivo no dilato las palabras con que pongo término al acto, ni me extiendo en consideraciones acerca

de la importancia de este centro benéfico y de enseñanza y á la necesidad que se siente para combatir ciertas debilidades del organismo social, de tonificarle con la religión, que vigoriza las almas, y con la instrucción, que las esclarece.

Debo sí aconsejar, á cuantos intervienen en las tareas de este Instituto, que continúen marchando por el camino emprendido, que no abandonen nunca la senda que les han marcado su deber y su buena voluntad. Así merecerán bien no solo de las Autoridades, bajo cuyo patronato se encuentra el Colegio, sino de cuantas personas desean el engrandecimiento del pueblo de Madrid.

Cada niño es el germen de un hombre. Procurar que los niños sean buenos é instruidos, es como procurar que los frutos de lo porvenir reúnan las circunstancias más apetecidas, para que los deseos de la existencia queden satisfechos. Si los niños de hoy se educan en el temor de Dios, y se instruyen convenientemente, los hombres de mañana tendrán de seguro las condiciones requeridas para cumplir con sus deberes sociales. Perseveren, pues, en sus nobles empeños cuantos dentro de esta Institución tienen funciones que ejercer, cargos que desempeñar, y tengan por cierto que para el mejor cumplimiento de sus simpáticas obligaciones, no ha de faltarles nunca ni el apoyo de la Corporación Municipal, ni el apoyo que con su incondicional aplauso han de prestarles cuantos se interesan por el buen nombre de la Villa coronada.

Y vosotros, niños, que dentro de esta casa recibís acogida cariñosa y luces necesarias á vuestra inteligencia, no descuidéis ni un punto los deberes que os señalen vuestros Profesores, porque de esa manera, cuando lleguéis á la mayor edad, seréis, para bien vuestro, ciudadanos dignos de la Patria que os cuenta como hijos.

Al dar por terminado este acto, repito las palabras satisfactorias con que comencé. Bien haya por siempre la fundación que ostenta entre sus fines, unidos y realizados á la par, los caritativos de atender á desvalidos huérfanos y los saludables de infundir en las almas infantiles las máximas de la fé y las ideas imprescindibles para que el hombre sea instruido.

